

Alexis de Tocqueville: contra el animal tímido e industrioso (consideraciones en torno al individualismo desenfrenado)

IGNACIO DÍAZ DE LA SERNA*

La grandeur et la singularité du spectacle que présente le monde de nos jours absorbe trop l'attention pour qu'on puisse attacher beaucoup de prix à ces curiosités historiques qui suffisent aux sociétés oisives et érudites. Mais quel sujet contemporain choisir?

Lettre à Louis de Kergerlay, 15 décembre 1850

I

La obra de Tocqueville representa, en buena medida, un esfuerzo por introducir en el ámbito de la democracia el repertorio de los valores de origen aristocrático, ya que considera que dicha operación acarrearía un beneficio inestimable para ella. Entre esos valores, sobresalen el anhelo por alcanzar la excelencia humana –aquello que los griegos antiguos denominaron *areté*–, el respeto mutuo y la afirmación de la independencia personal.

No obstante, Tocqueville comprendió, mejor que cualquiera de sus contemporáneos, que la libertad ya no podía seguir hincando su fundamento en la desigualdad ni en la aristocracia. A partir de ese momento, la jerarquía de los valores políticos que él adoptó es inequívoca: aceptó la libertad sencillamente porque no existía otro fundamento posible para la igualdad.

De tal modo, Tocqueville se convierte en demócrata porque es un liberal. Pero conviene precisar: es un demócrata porque así se lo dicta su intelecto, y liberal por un imperativo de su corazón.

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM. Correo electrónico: <idiazser@servidor.unam.mx>.

La libertad fue sin duda la más urgente de sus pasiones.

En efecto, la experiencia histórica mostraría a Tocqueville que una parte significativa de los hombres obedecen tarde o temprano a los instintos fundamentales que subyacen a su voluntad. Más aún, obrar correctamente implica que se actúe conforme a tales instintos.

En su madurez, Tocqueville se percatará de que sus instintos y los principios que racionalmente postula para dirigir su vida y sus convicciones no siempre coinciden. Por un lado, admite sin cortapisas que su preferencia hacia las instituciones de talante democrático, como él mismo señala, *c'est un goût de tête*; por otro, se declara aristócrata por instinto, lo que significa que posee un temor y una desconfianza naturales hacia todo género de multitud.

En el seno de su familia, Tocqueville halló el modelo de la libertad aristocrática. Ahí también le fue inculcada la idea religiosa sobre la existencia de un alma libre y responsable. Más tarde, sus vivencias en Estados Unidos y la reflexión filosófica propia que elabora entre 1835 y 1840 a partir de la lectura de Pascal, Montesquieu y Rousseau, desembocarán en su adopción de la idea democrática de la libertad.

En el seno de su familia, Tocqueville halló el modelo de la libertad aristocrática.

Sin embargo, a Tocqueville nunca le interesó el ejercicio yermo de la especulación. Sus dos obras mayores, *De la démocratie en Amérique* y *L'Ancien Régime et la Révolution*, lo prueban con creces.

Cuando analiza un tema, cualquiera que éste sea, su investigación procede apegándose a los lineamientos de un método comparativo. En consecuencia, más que empeñarse en meditar acerca de la esencia de la libertad, Tocqueville establece un cuadro comparativo de las características que distinguen la libertad ejercida en Estados Unidos y la libertad ejercida en Francia. A la democracia heredada de la Revolución francesa, a los mitos propagados por el jacobinismo, a la corrupción del espíritu público surgida durante la Monarquía de Julio, contraponen la democracia liberal y el civismo de los americanos.¹

Aun cuando Tocqueville poseía un evidente sentimiento aristocrático en relación con la libertad, propugnó y defendió una idea democrática de ésta. En primera instancia, lo que podría interpretarse como una lamentable confusión entre sus gustos, sus sentimientos y las conclusiones de ca-

¹ Me apego al término "americanos" (*américains*) con el propósito de no descontextualizar el pensamiento de Tocqueville. Dejo al lector la tarea de reemplazarlo mentalmente cada vez que tope con él en este texto por el vocablo "estadunidenses".

rácter político a las que llega gracias a su lucidez y su sentido de la justicia, resulta en lo sucesivo lógico y comprensible si no se olvida la diferencia que Tocqueville estableció a menudo entre “libertad” y “sentimientos liberales”.

A raíz de dichos “sentimientos”, Tocqueville elaborará su reflexión crítica sobre las ilusiones derivadas del individualismo desenfrenado, la cual terminará por constituir uno de los aspectos más originales de su pensamiento.

II

Como advierte André Jardin en su biografía de Tocqueville, éste encontró una guía tanto en la persona de François Guizot como en el contenido de su curso sobre Historia moderna que durante esa época impartía en la Sorbona. Suspendido en 1822, Guizot lo reanudó en abril de 1828 (Jardin, 1997: 70). Hoy se le conoce con el título de *Histoire de la civilisation en Europe*. Es una de sus obras principales.

Guizot atribuye a los bárbaros, específicamente a los germánicos, haber introducido en la civilización europea el sentimiento de la personalidad, de la espontaneidad humana y su libre desarrollo. En la Lección 2 de su *Histoire* sostiene: “Hay un sentimiento, un hecho que es preciso entender ante todo para representarse con exactitud qué era un bárbaro: es el placer de la independencia individual, el placer de vencer con su fuerza y su libertad, en medio de los riesgos del mundo y de la vida [...]” (Guizot, 1985: 90). Y más adelante concluye:

el sentimiento de la independencia personal, el gusto por la libertad desplegándose en toda circunstancia, sin casi otro objeto que el de satisfacerse; este sentimiento, repito, era desconocido a la sociedad romana, a la sociedad cristiana. Son los bárbaros quienes lo importaron y depositaron en la cuna de la civilización moderna. Y ha desempeñado un papel tan importante, ha producido tan bellos resultados, que es imposible no sacarlo a la luz como uno de sus elementos fundamentales (Guizot, 1985: 91-92).

Ese gusto por la independencia individual, opina Guizot, constituye un sentimiento que proviene de la naturaleza moral del hombre. Esta idea de la libertad, de origen germánico, es a su vez el núcleo de ese sentimiento aristocrático de la libertad presente en Tocqueville. Y no sólo en él. De

Ese gusto por la independencia individual, opina Guizot, constituye un sentimiento que proviene de la naturaleza moral del hombre.

Tocqueville sabía que la mayoría de sus contemporáneos no estaban dispuestos a reivindicar la libertad como un fin válido por sí mismo, tan sólo como un medio.

hecho, la concepción moderna de la libertad, la cual arranca con las primeras grandes teorías políticas del Estado en el siglo XVII, hereda directamente ese sentimiento.

Sin embargo, Tocqueville sabía que la mayoría de sus contemporáneos no estaban dispuestos a reivindicar la libertad como un fin válido por sí mismo, tan sólo como un medio. Pero también sabía que, en cuanto la libertad se restringe a ser simplemente el medio para obtener igualdad o prosperidad, está condenada tarde o temprano a degradarse.

A este respecto, no es casual el cambio de perspectiva que sucede en el tomo II de *De la Démocratie*. En el primer tomo, aparecido en 1835, Tocqueville no tiene recato para expresar su temor a la tiranía de la mayoría. En el segundo, ese temor queda atrás. Ahora le preocupa, sobre todo, la posibilidad de una apatía general, debido a la reducción y uso instrumental de la libertad. De ahí que en el segundo volumen abunden sus reflexiones y sus inquietudes sobre el debilitamiento de los sentimientos liberales y su influjo en la vida pública.

También en el segundo volumen, Tocqueville habla con inquietud, ya no del abuso de poder como el peligro principal de la democracia, sino del abandono del comportamiento cívico, el cual reduciría la vida a la sola dimensión de lo privado y arrojaría a los hombres a una especie de “materialismo honesto”.²

El efecto más pernicioso de la democracia, razona Tocqueville, puede ser entonces el hecho de disminuir la vitalidad de los sentimientos liberales al grado de que los individuos, satisfechos por su prosperidad y por la tranquilidad que disfrutan, ya no sean capaces de advertir la ausencia de libertad. En ese caso, un nuevo Leviatán, más nefasto que el anterior, podría surgir y establecer su poderío sin recurrir necesariamente a la violencia, respetando quizás ciertas formas contingentes de la libertad.

Con el tiempo, esta inquietud de Tocqueville se revelaría del todo fundada, ya que premoniza con increíble certeza un fenómeno casi omnipresente en nuestras democracias actuales.

A pesar del arraigo que posee en él un sentimiento aristocrático de la libertad, Tocqueville admite que la libertad democrática se ajusta mejor a la fisonomía de su época.

² Esta expresión aparece en el capítulo “De l’Individualisme dans les pays démocratiques” de la segunda parte del tomo II que se titula *Influence de la démocratie sur les sentiments des Américains*.

De acuerdo con esa noción democrática de la libertad, cada persona, al recibir de la naturaleza las luces necesarias para conducirse, contribuye desde su nacimiento a la afirmación de un derecho imprescriptible a vivir independiente de sus semejantes y a regular, tal como lo entienda y lo disponga, su propio destino.

Pero Tocqueville no sólo aceptó que la democracia y su régimen de libertad se adecua más a un determinado tiempo histórico, el presente en este caso, sostuvo sin reserva su advenimiento inevitable.

Lo anterior suscita una pregunta: ¿no se contradice Tocqueville al afirmar, por una parte, la libertad humana, y por otra, ese advenimiento irresistible, imperioso, de la democracia?

Lo primero que hay que señalar es que Tocqueville jamás pensó que la historia estuviera determinada en su totalidad. Basta echar un vistazo al capítulo XX de la primera parte, segundo tomo de *De la Démocratie*, “Sobre algunas tendencias particulares de los historiadores en los siglos democráticos”, para darse cuenta de su rechazo a cualquier concepción fatalista de la historia (Tocqueville, 1986b: 120-126).

En realidad, esa contradicción es aparente.

Dentro de la obra de Tocqueville, el término “democracia” designa, en ocasiones, el Estado social que se caracteriza esencialmente por la igualdad de condiciones y otras veces se refiere al régimen político de la democracia.

En este sentido, si Tocqueville sostiene que el movimiento hacia la igualdad de condiciones es irresistible, lo es no a causa de alguna misteriosa ley intrínseca o extrínseca a la historia, sino porque cualquiera puede advertir que desde hace varios siglos ese movimiento ha ido cobrando auge, se ha ido imponiendo a la conciencia como un hecho inexorable por los éxitos que gradualmente se han alcanzado en su transcurso, y sus beneficios han resultado tan incuestionables que poco a poco se ha inscrito de manera indeleble en las costumbres sociales y políticas.

Suponer que un movimiento como ése, con semejante ímpetu, puede de pronto detenerse o puede alguien hacer que se detenga, opina Tocqueville, es una torpe ilusión.

No obstante, las consecuencias de dicho movimiento, por lo que toca a la igualdad de condiciones sociales, no están determinadas en un sentido cultural, ni económico, ni político. Tocqueville no pierde de vista que el Estado social democrático puede desembocar en un régimen despótico, o bien conducir a la democracia liberal. De tal suerte, dentro

Tocqueville jamás pensó que la historia estuviera determinada en su totalidad.

de unos límites muy amplios pero límites al fin y al cabo, el hombre está en condición de ser poderoso y libre.

El párrafo que pone punto final a *De la Démocratie en Amérique* aclara con suficiente pertinencia este punto: “Las naciones actuales no podrían ocasionar, en su seno, que las condiciones sean desiguales; pero de ellas depende que la igualdad las conduzca a la servidumbre o a la libertad, a las luces o a la barbarie, a la prosperidad o a la miseria” (Tocqueville, 1986b: 445).

III

El Estado social democrático otorga a los individuos la igualdad de condiciones y la independencia. Pero la libertad no se reduce a esta última. Montesquieu ya lo había subrayado. A la independencia hay que vincular un conjunto de derechos que el individuo disfruta y también obligaciones que debe cumplir. Derechos y obligaciones son los dos elementos que trazan el perfil del individuo responsable, el cual no es una consecuencia inmediata del Estado social democrático.

Aunque Tocqueville exige y respeta la garantía de los derechos individuales, considera que el individuo responsable, dentro del Estado social democrático, ha de asumir el sentimiento de obligación cívica y participar en la acción pública. Para él, la vida política constituye un medio a través del cual se logra la realización de lo humano. Por consiguiente, el ejercicio de la libertad política le parece necesario para combatir los excesos e ilusiones que la igualdad acarrea consigo.

La idea de libertad democrática en Tocqueville abarca las siguientes consideraciones:

- a) el gusto o disposición por la independencia personal, como ya lo mencioné, heredado de la noción germánica de libertad y asumido por la aristocracia;
- b) la participación en la vida política, legado de los antiguos griegos, de Platón y, sobre todo, de Aristóteles;
- c) la idea de un derecho igual para todos, cuyo origen se encuentra en la moral cristiana y su exigencia de una igualdad que deriva del hecho de que todos los individuos son iguales porque todos, sin excepción, son obra de Dios.

El Estado social democrático otorga a los individuos la igualdad de condiciones y la independencia.

Al tomar en cuenta estas tres consideraciones, se comprende con mayor facilidad hasta qué punto, para Tocqueville, la libertad no es sólo un derecho, sino que constituye la forma más compleja del deber u obligación: el deber consigo mismo, con la *civitas* y con los otros individuos.

¿Qué sucede cuando se olvida que la libertad es un deber, una obligación cívica y una obligación moral?

El Estado social democrático no se restringe al ámbito donde el individuo disfruta su derecho de ser libre y da la espalda a sus obligaciones cívicas. Cuando ese olvido tiene lugar, los individuos se aíslan, pertrechándose en su derecho a la libertad.

Para Tocqueville, la manera de contrarrestar ese aislamiento, ese egoísmo, es enseñar a los ciudadanos la necesidad de contribuir a la fortaleza del espíritu público, inculcarles que, por encima de sus asuntos estrictamente privados, se encuentran los intereses comunes que a todos conciernen. Sin esa educación, es imposible evitar los excesos del individualismo que la sociedad democrática propicia.

A estas alturas, vale la pena hacer notar que el tema del individualismo no aparece en pasaje alguno del primer tomo de *De la Démocratie en Amérique*. Surge únicamente en el segundo. Y tiene una relevancia indudable a lo largo de esas páginas.

Lo que Tocqueville piensa acerca del individualismo es el fruto de una reflexión que abarcó varios años de trabajo.

Desgloso a continuación.

A diferencia del egoísmo, el individualismo tiene su origen en las sociedades democráticas y tiende a desarrollarse a medida que las condiciones sociales se nivelan o igualan para todos.

Antiguamente, las sociedades aristocráticas vinculaban orgánicamente a los hombres entre sí dentro de una inmensa red de relaciones jerárquicas. En la cima de esa pirámide se encontraba el monarca o poder soberano,³ quien era no sólo la encarnación visible del Estado, sino, aún más importante, la encarnación de la nación, esa unidad de territorio, lengua, identidad, instituciones, cultura específica e idiosincrasia, concentrada en la persona del Rey.

Las democracias, a su vez, están constituidas por ciudadanos cada vez más iguales entre sí, pero también cada vez más aislados y más desinteresados de los asuntos públicos.

¿Qué sucede cuando se olvida que la libertad es un deber, una obligación cívica y una obligación moral?

³ Tal como lo sugiere Hannah Arendt, la pirámide es una imagen particularmente adecuada para representar una estructura gubernamental que posee en el exterior la fuente de su autoridad. Véase Arendt, 1989: 130 y ss.

La definición que ofrece Tocqueville del individualismo se localiza justamente en el capítulo “Del individualismo en los países democráticos”. Ahí sostiene:

El individualismo es un sentimiento meditado y apacible que dispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a apartarse en compañía de sus familiares y sus amigos, de tal suerte que, después de haberse creado así un pequeño núcleo social donde vivir, abandona con gusto el resto de la sociedad a sí misma (Tocqueville, 1986b: 143).

Llevado a un cierto punto, el individualismo se limita, en el peor de los casos, a volver estéril el impulso del que provienen las virtudes públicas. Sin embargo, a la larga, cuando no se le pone freno, termina por destruir toda posibilidad de acción social hasta diluirse en el egoísmo.

El individualismo consiste, por ende, en una carencia de civismo. No se confunde con el egoísmo. Este último nace, según Tocqueville, de un instinto ciego. Por el contrario, el individualismo deriva de un juicio erróneo, más que de un sentimiento depravado. En consecuencia, Tocqueville identifica como origen del individualismo una estructura sociopolítica (los individuos iguales entre sí y aislados) y, al mismo tiempo, un proceder de tipo intelectual (el juicio erróneo) que él evoca al final de ese capítulo.

En cuanto a ese “juicio erróneo”, Tocqueville se esforzó en corregirlo. No resulta descabellado afirmar que esa labor fue la meta central de una nueva ciencia política instaurada por él.

Si nada se contrapone a la ilusión de autosuficiencia que lo domina, el individuo se convierte entonces en presa de un gusto excesivo por el bienestar, prefiriendo ser consumidor que ciudadano. El error que los individualistas cometen a menudo es suponer que pueden disfrutar su derecho a la independencia y su derecho a la igualdad sin cumplir con sus deberes como ciudadanos, lo cual significa, en última instancia, gozar de dichos derechos reduciendo al máximo su ejercicio de la libertad política.

Por sus consecuencias, el resultado más grave de ese “juicio erróneo”, que es origen del individualismo, consiste en una idea completamente tergiversada de la libertad: creer que ella es exclusivamente un derecho y nada tiene que ver con la obligación de participar en la vida pública. Y este camino, señala Tocqueville, conduce sin remedio a un despotismo democrático.

El individualismo consiste, por ende, en una carencia de civismo. No se confunde con el egoísmo. Este último nace, según Tocqueville, de un instinto ciego.

En efecto, el individualismo ilimitado produce ciertas fantasías.

Una de ellas consiste en imaginar que los intereses privados son susceptibles de ser definidos y son perpetuamente defendibles sin necesidad de remitirlos a los intereses propios de la esfera pública.

Los americanos, piensa Tocqueville, supieron ir más allá y propusieron lo que denominaron “el interés bien entendido”.

La manera más eficaz de contrarrestar la distorsión producida por imaginar que la autosuficiencia de los individuos es inmovible, reside en promover que ellos se interesen en los asuntos locales y que se involucren en la vida y actividades de las asociaciones. En el momento en que los hombres se ocupan de los asuntos comunes, cada individuo cae en la cuenta de que no es tan independiente de sus congéneres como antes lo suponía y que, para conseguir su apoyo, debe prestarles su ayuda y su colaboración.

Quizás el aspecto de la vida americana que más atrajo la atención de Tocqueville fue el entusiasmo de la mayoría en participar activamente dentro de la vida política de su país.⁴

En la vida civil, cualquiera puede imaginar que es perfectamente capaz de bastarse a sí mismo. Pero, en el caso de la política, lo anterior es inimaginable.

La segunda fantasía que el individualismo a ultranza cultiva consiste en creer que el ámbito de los fenómenos económicos es un territorio autónomo que funciona según reglas propias y se basta a sí mismo para autocontenerse. Quienes lo creen, dan por sentada la primacía que los intereses económicos tienen sobre los intereses civiles. Y por supuesto, cuando dedican algo de su tiempo a cumplir sus deberes políticos, juzgan ese lapso un tiempo lastimosamente perdido que podrían haber empleado mejor en la producción de bienes materiales y en el goce de los mismos.

La tercera fantasía derivada del individualismo desenfrenado es la que trae consigo las peores consecuencias, debido a que justifica las dos anteriores e impide que sean combatidas. Se trata de la creencia en la absoluta autosuficiencia del espíritu individual. Ésta ocasiona que cada cual se encierre en sí mismo y, desde ahí, desde esa minúscula certeza, desde ese podio insignificante, se yergue como juez implacable del mundo.

⁴ Para Tocqueville era inevitable, y así lo hace, comparar la participación política de los americanos con esa época de Francia llamada Monarquía de Julio, que abarcó desde 1830 hasta 1848, cuando sucedió la caída del rey Louis Philippe I, cuyo régimen había entronizado como valor supremo el individualismo burgués y se había obstinado en limitar a toda costa las libertades locales, el derecho a asociarse y la actividad política en cualquiera de sus formas.

Quizás el aspecto de la vida americana que más atrajo la atención de Tocqueville fue el entusiasmo de la mayoría en participar activamente dentro de la vida política de su país.

IV

Tocqueville considera imprescindible el ejercicio de un examen crítico de la individualidad en las sociedades democráticas. En ellas, el espíritu individual, gracias a ese examen, puede establecer con lucidez los límites de su capacidad tanto de conocer como de actuar.

Tal sería el ejemplo de los americanos –según su opinión–, quienes dirigen sus asuntos públicos y están siempre dispuestos a rectificar sus ideas en función de la experiencia común. En el polo opuesto, contrasta Tocqueville, privados de libertad política, los franceses tienen la costumbre de lanzarse a innumerables especulaciones políticas, una más abstracta que la otra.⁵

Ese ejercicio de un examen crítico de la razón es el único sendero que lleva a los individuos a darse cuenta de que la fe incondicional e irrestricta en los poderes y alcances de la razón individual desemboca en la negación de cualquier autoridad, en la testarudez de no aceptar otra que no sea la autoridad de esa misma razón. Para Tocqueville, la peor situación que puede amenazar la vida de una sociedad es justamente ésta, es decir, cuando los individuos, aferrados a su autosuficiencia, se niegan a someterse siquiera a la más espontánea de las formas legítimas de la autoridad, el poder de la opinión común.

Por consiguiente, la libertad, en ningún caso, puede ser absoluta.

Si bien Tocqueville se propuso corregir tales fantasías derivadas del exceso del individualismo, hay que tener presente que él fue un individualista. Al menos lo es cuando piensa que la existencia de la sociedad se justifica porque su finalidad es asegurar el bien de los individuos, y no a la inversa.

Con un punto de vista distinto del que sostuvieron los opositores más enérgicos a la Revolución –Joseph de Maistre, el príncipe de Ligne, por mencionar dos de los más destacados–, a Tocqueville jamás se le ocurrió suponer que la Declaración de los derechos del hombre desencadenaría un proceso de disolución social. Por el contrario, tuvo la convicción de

⁵ A grandes rasgos, me parece que pueden distinguirse dos vertientes del individualismo moderno. Una que corresponde a la tradición anglosajona, interesada principalmente en el papel que las costumbres desempeñan dentro de la vida social y en el análisis de la experiencia –hoy diríamos– histórica. Autores como Locke, Hume y los Padres fundadores de la federación americana podrían ser inscritos en ella.

La otra vertiente se inspira sin duda en la filosofía cartesiana. Adjudica al yo una importancia crucial, ya que él constituye el núcleo del pensamiento y de la reflexión. En este sentido, el heredero más prominente de Descartes fue Rousseau.

Tocqueville
considera
imprescindible el
ejercicio de un
examen crítico de
la individualidad
en las sociedades
democráticas.

que cierta dosis de individualismo resulta un elemento positivo para la consolidación de la estructura social democrática. Lo que él denuncia y critica son las manifestaciones provenientes del individualismo ilimitado. Las critica en nombre de los principios sociales y políticos surgidos en 1789, así como en nombre de su profundo respeto a la libertad.

El individualismo, cuando su práctica social está modulada, resulta compatible con el orden y con la libertad. Esto fue lo que Tocqueville aprendió durante su estancia en Estados Unidos, cuya organización política, lo sabemos, juzgó ejemplar.⁶

Cuando las ilusiones de una autosuficiencia individual ilimitada consiguen imponerse en la comunidad, la quimera de una independencia total socava al mismo tiempo los fundamentos del orden social y de la libertad. Arruina el orden social debido a que la independencia total de los sujetos es incompatible con el orden del conjunto. Y acaba con la libertad, ya que la igualdad derivada de dicha autosuficiencia (la igualdad que reside en la afirmación: “todos los individuos son irrestrictamente libres”), dispone a cada sujeto a pensar sólo en sí mismo, sin prestar atención a sus semejantes.

Con gran perspicacia, hacia el final de *De la Démocratie en Amérique*,⁷ Tocqueville dibuja un retrato exacto y, por lo mismo, estremecedor, de nuestra sociedad actual y de quienes vivimos en ella.

Imposible no reconocernos en él. Escuchémoslo:

Quiero imaginarme con qué rasgos novedosos podría el despotismo darse en el mundo: veo una multitud inmensa de hombres semejantes e iguales que giran sin descanso en torno a sí mismos para procurarse pequeños y burdos placeres con los cuales llenan su alma. Cada uno, apartado en su rincón, es como extraño al destino de los demás... Y por encima de ellos se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga de asegurar sus goces y de vigilar su suerte [...] y, por último, reduce a cada nación a no ser más que una manada de animales tímidos e industrioses, cuyo pastor es el gobierno (Tocqueville, 1986b: 434-435).

El individualismo, cuando su práctica social está modulada, resulta compatible con el orden y con la libertad.

⁶ Lo que modula el individualismo en la práctica social es la participación en las asociaciones. Tocqueville puntualiza que los americanos, sin importar su clase social, su religión, raza o idiosincrasia, se reúnen continuamente para llevar a cabo un sinfín de actividades: comerciales, industriales, para organizar fiestas, para construir albergues, para fundar hospitales, y sigue un larguísimo etcétera. Véase Tocqueville, 1986b: 154-160.

⁷ Concretamente, el capítulo VI de la Cuarta Parte que se titula “Quelle espèce de despotisme les nations démocratiques ont à craindre”.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDE, HANNAH

1989 *La Crise de la culture. Huit exercices de pensée politique*, trad. de P. Lévy, París, Gallimard, Col. Idées.

GUIZOT, FRANÇOIS

1985 *Histoire de la civilisation en Europe*, 4a. ed., París, Hachette, Col. Pluriel.

JARDIN, ANDRÉ

1997 *Alexis de Tocqueville 1805-1859*, trad. del francés por R. M. Burchfield y N. Sancholle-Henraux. 1a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica.

TOCQUEVILLE, ALEXIS DE

1986a *De la Démocratie en Amérique*, t. I, París, Gallimard, Col. Folio Histoire.

1986b *De la Démocratie en Amérique*, t. II, París, Gallimard, Col. Folio Histoire.

1998 *L'Ancien Régime et la Révolution*, París, Gallimard, Col. Folio Histoire.

2003 *Lettres choisies/Souvenirs 1814-1859*, París, Gallimard, Col. Quarto.